

templadas por el telespectador en la intimidad de su sala de estar, son ejemplos suficientemente ilustrativos. Es evidente asimismo que cuando una catástrofe ocurrida en cualquier rincón del mundo nos es presentada por el personaje familiar que lee cotidianamente, mientras comemos, las noticias del telediario, se pierden en un 90 por 100 su capacidad de impacto.

Todas estas y otras muchas consideraciones en torno a la nueva jerarquía de valores inaugurada por los *mass media*, nos sugiere la lectura del libro de Cazeneuve, sugestivo y original en más de un aspecto. Sin embargo, justo es decir también que la obra no nos convence en otros muchos puntos, pero sobre todo por su falta de crítica profunda a los actuales modelos comunicativos, a los que el autor se contenta con proponer ciertos retoques.

¿Por qué no analiza, por ejemplo, Cazeneuve la función alienante y la clara opción ideológica que subyace a todo ese tratamiento privilegiado, en los *mass media*, de lo fortuito, de lo chocante? ¿Cómo es que frente a la imposibilidad, por él reconocida, de que el público participe en la producción de los programas ("¿cómo dar la palabra a cuarenta millones de telespectadores franceses, unos satisfechos, otros furiosos, unos aficionados al deporte, otros a la alta cultura"), no se le ocurre al autor más solución que recomendar a esa "expendedora de ilusiones" que es la TV que nos dé al menos "esa ilusión suprema de la participación, que es a fin de cuentas, literalmente imposible"?

¿Por qué, al abordar el tema de la TV por cable, no se plantea ninguna alternativa a la actual coexistencia, en los Estados Unidos, de programas de y para minorías con los grandes programas transmitidos por las cadenas nacionales: lo que equivale a concebir los primeros como una simple válvula de escape que permite aliviar las tensiones de los grupos marginales y garantiza al sistema una larga vida?

Claro, que todo esto se entiende si nos fijamos en la definición que da Cazeneuve de su "hombre telespectador": "En el hombre telespectador encontramos no sólo las necesidades del hombre eterno, sino añadidas a ellas o especificándolas, las del hombre del siglo XX, modelado por la civilización técnica, industrial, urbanizada". Lo histórico, lo social es, pues, para nuestro autor una simple piel de cebolla que

envuelve una perfecta entelequia: la "esencia humana". ■ JOAQUIN RABAGO.

Un libro de poemas

José Antonio Gabriel y Galán nació hace treinta y siete años en una ciudad de Extremadura. Periodista especializado en temas culturales actualmente es responsable de la sección de "Sociedad y Cultura" en el semanario "Cuadernos para el Diálogo". Hace unos años, en 1973, en pleno furor de la efímera "Nueva Novela Española", publicó en Planeta "Punto de referencia", posiblemente el más digno, literalmente hablando, de todos los libros aparecidos al socaire de aquella curiosa —y estéril— manipulación publicitaria.

Ahora aparece su primer libro de poemas, "Descartes mentía" (Provincia, Colección de Poesía, León, 1977). "Descartes mentía" es un largo poemario, o mejor dicho, un largo poema —o secuencia de poemas— articulado en torno a una serie de citas del gran filósofo francés. Gabriel y Galán, en la contraportada del libro, nos explica que "El contrapunto de las citas de Descartes no son en vano capricho. Descartes intentaba lograr lo imposible: describir casi fisiológicamente los sentimientos. Por eso mentía. Mis poemas son respuestas relativas a esa imposibilidad desde la orilla de otra imposibilidad". Ese pie forzado, sin embargo, no da rigidez al libro, que, por el contrario, tiene, en una casi desmesurada libertad imaginativa, uno de sus más logrados aciertos.

"Descartes mentía" es un poema de amor. Obsesivo y desesperado. No en vano en alguna ocasión el poeta alude a Luis Cernuda, pues la atracción que experimenta hacia la amada se rige también por aquella fatal dialéctica de "realidad y deseo" que recorre toda la obra de éste. La historia de amor que subyace en los versos de Gabriel y Galán es una historia torturadora, angustiosa, casi asfixiante. La mujer amada es algo más que una amante. Es como la encarnación de un tiránico deseo universal, situado al borde de lo demencial. A fuerza de individualización, la amada de "Descartes mentía" se convierte en un símbolo de valor casi cósmico. Lo impregna y lo rige todo. Su femineidad absorbente va destruyendo al poeta.

Este, al final, se desflende con una actitud de indudable raíz estoica. La aceptación del destino



José Antonio Gabriel y Galán.

parece total y absoluta. Queda frente a la presencia constante de un ser que se ha vuelto inasible, el anonadamiento, la disolución total. Pero cuando ya está al borde de la aniquilación, sin embargo, el poeta reacciona como un animal acosado y su naturaleza le evita un final que parecía irremediable. Así podrá decir, en un determinado momento: "A punto estuvimos de morir de amor, pero murió el amor y nosotros vivimos".

Libro denso, oscuro a veces, cuya mayor mácula sea tal vez alguna caída en ese humor cosmopolizante y culturalista de que tanto usaron —y abusaron— los llamados "novísimos". "Descartes mentía" revela a un poeta. No es poco. Gabriel y Galán sabe utilizar un lenguaje complejo y lleno de expresividad —con alguna reminiscencia, en ocasiones, de la retórica surrealista—, que dota a sus versos de un encanto cierto. No es un libro fácil "Descartes mentía". El juego de imágenes del autor, que a veces es de un barroquismo casi de virtuoso, está siempre controlado por un riguroso sentido de la estructura poemática. Precisamente es la unidad estructural del libro, su "cerrazón", lo que le da una consistencia admirable.

Gabriel y Galán ha conseguido una vez más que la poesía amorosa todavía tenga algo que decirnos. Estos versos desesperados y lúcidos, iluminados por la fría luz de unas vigiliadas dolorosas y ardientes, nos ofrecen la seguridad de que su poesía va a seguir creciendo y progresando. Creemos que no es apostar vanamente cuando decimos que

"Descartes mentía" es el comienzo de una notable carrera poética. Que así sea. ■ JAVIER ALFAYA.

Para entender a Aragón

Aragón despierta y espabila a pasos de gigante con tesón de cabezudo. El 10 por 100 de la superficie de España y el 3 por 100 de la población hacen de este territorio, rico, desertizado y colonizado, un auténtico hervidero de ideas nuevas. Una nueva generación de socio-economistas, menos conocidos pero casi tan necesarios como los cantantes aragoneses, están naciendo en la región.

Es el caso de José Antonio Biescas, veintiocho años, hombre bondadoso pero inteligente, uno de los grandes nuevos economistas aragoneses. El libro que acaba de publicar, modestamente titulado "Introducción a la economía de la región aragonesa" (1), muestra cómo de manera sencilla, con palabras claras, se puede, por primera vez, hacer una exposición crítica de la economía aragonesa desde un ángulo regional y radical.

Con este libro, si es empleado adecuadamente —y esperamos que así lo sea: todos debemos colaborar—, los jóvenes aragoneses desde la escuela primaria podrán entender coherentemente la tierra en que viven y el futuro que les espera si no se superan las contradicciones denunciadas en el libro. Se acabó el aprender los ríos del mundo de memoria, a pesar de ignorar en qué consistía el Ebro; se acabaron las escuelas de los párvulos aragoneses en las que se explicaba el Imperio austro-húngaro cuando se desconocía cómo se forman los precios del explotador y explotado maíz aragones.

Estamos ante un auténtico "manual del usuario" en la región aragonesa. No se trata sólo de una descripción de la estructura económica, sino que se han desarrollado con la suficiente profundidad los aspectos históricos que explican la situación presente. La habilidad del libro consiste en que es introductorio a la economía de Aragón en los aspectos generales y que ha profundizado con gran realidad los aspectos claves.

De entre éstos hay que destacar un excelente capítulo, que

(1) "Introducción a la economía de la región aragonesa". Alcrudo Editor. Zaragoza, 1977.